JOSÉ ROMEO

El primer fresco

JUGUETE CÓMICO

en un acto y tres cuadros, en prosa, original

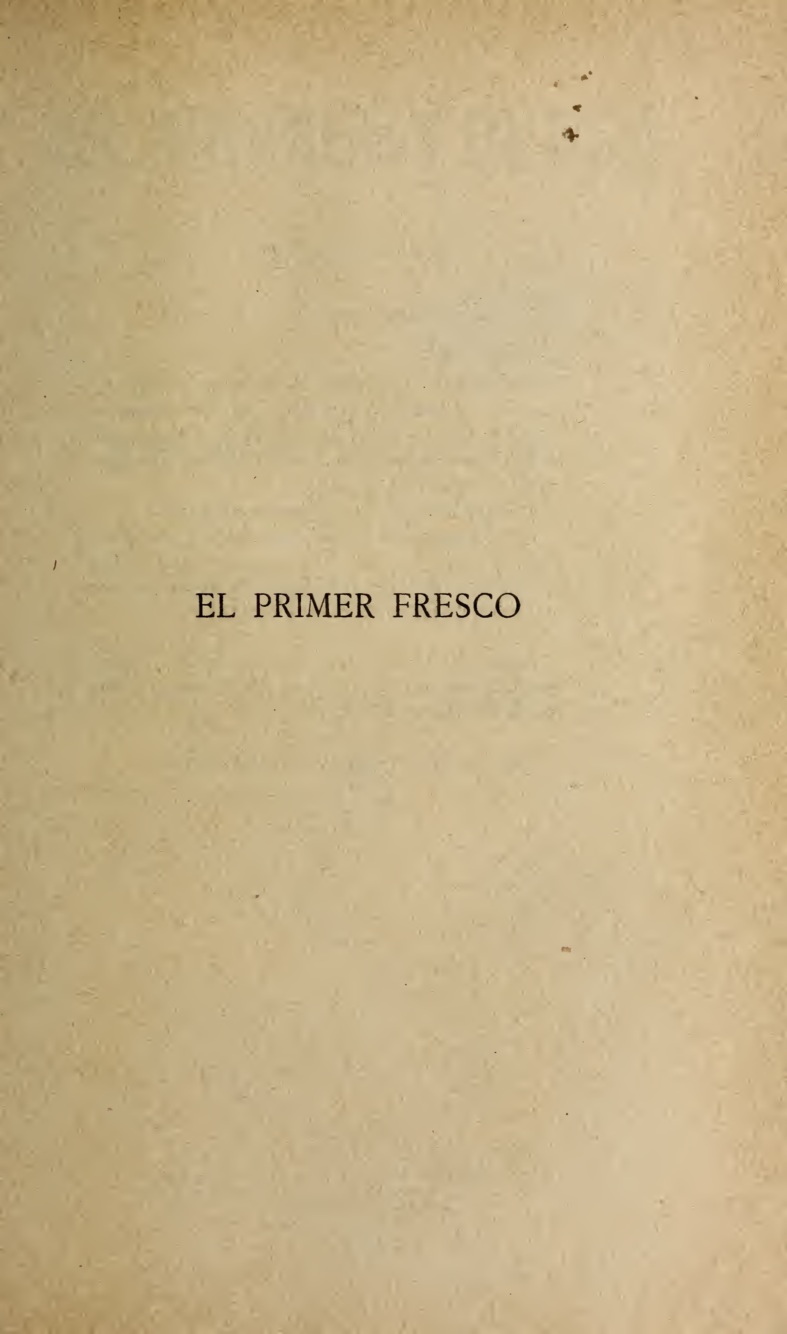
INTERMEDIOS DEL

MAESTRO QUISLANT



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914



EL PRIMER FRESCO

EL PRIMER FRESCO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y tres cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ROMEO

INTERMEDIOS DEL

MAESTRO QUISLANT

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 10 de Junio de 1914



MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

—

1914

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA CARMEN	Sra.	Romero.
MARGARITA	Srta.	Quirós.
ROSA		Berri.
DOÑA RUPERTA		Guillot.
LUISA		Barandiarán.
MANGANESO	Sr.	García Ibáñez.
CARLOS		De Lara.
DON SIMÓN		Llorens.
DON CARLOS		Aznares.
PÉREZ		Cumbreras.
DON ANTONIO		Gallo.
RAMÓN		Alares.
PERICO		Toha.

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Una sala elegantemente amueblada. En el centro una mesita sobre la que habrá una caja de puros. Puertas practicables al foro y á derecha é izquierda. Al levantarse el telón la escena aparecerá desierta é inmediatamente saldrá Manganeso seguido de Luisa, doncella de la casa.

ESCENA PRIMERA

MANGANESO y LUISA

MAN. (Sentándose tranquilamente.) Bueno, bueno, bueno.

LUISA (Llamando.) ¡Perico!... ¡Perico!...

MAN. No grites, encantadora doncella; te he dicho que no salgo de esta casa sin ver á tu señorito, y venga quien venga, no conseguirá que sin verle me marche.

LUISA ¿Pero no le he dicho que no está en casa?

MAN. Por eso he tomado asiento, para esperarle.

LUISA (Llamando.) ¡Perico, Perico! (Sale Perico.)

ESCENA II

DICHOS y PERICO

PER. ¿Pero qué te sucede?

LUISA Pues este hombre que me pregunta por el

señorito, que le digo que no está, que sigue pasillo adelante y que aquí le tienes, que dice que no se marcha...

MAN. Y no me marcho, elegante y bien alimentado criado.

PER. Es que el señorito...

MAN. El señorito tan pronto como ustedes le digan cómo he llegado hasta aquí, me insultará, me amenazará, me .. hasta puede que me pegue; pero en cuanto le diga lo que para su señora traigo, de rodillas me pedirá que no me marche de esta casa.

PER. ¿Pero usted le conoce?

MAN. Una vez lo he visto.

PER. Pues siendo así, le suplico salga inmediatamente de aquí.

MAN. No gaste ni saliva ni tiempo en balde. He dicho que no me muevo de aquí y no me muevo.

PER. ¿No dará usted lugar á que tenga que apelar á la fuerza bruta?

MAN. Todo me es igual. Dos años hace que me estoy jugando la vida y aun no he encontrado quien quiera ganármela. En todas las casas entro de la misma manera. Me abren, sigo pasillo adelante y en la primera habitación que á mi paso encuentro, me introduzco. (Se pone en pie.) Que es el comedor y la mesa está puesta y los señores se disponen á comer, pues me siento y hago que me pongan un plato. Que entro en una sala y en la sala hay una mesa y sobre la mesa una caja de puros, pues la abro, (Lo hace.) saco uno, (Idem.) lo enciendo, (Idem.) me siento (Idem) y sentado espero á que me den la primera bofetada. ¿Hay quién me la dé? ¿No hay quién me la dé?

PER. Pero caballero...

MAN. ¿No hay quién me la dé? Pues sigo fumando y sigo esperando. (Se sienta.)

LUISA ¿Pero usted quién es?

MAN. (Sacando una cartera y de ella una tarjeta que le da á Luisa.) Ahí tienes, encantadora doncella.

LUISA (Leyendo.) Manganeso, fotógrafo.

MAN. Eso es, Manganeso; el famoso Manganeso; el terror de los matrimonios. (Dando una fu-

mada al puro y viendo que no tira.) ¡Caramba, qué malos puros fuma Carlitos! (Lo tira al suelo.)

PER. (Es un témpano este tío.)

MAN. Hace tres años, cuando murieron mis padres, heredé la tontería de noventa mil duros; ¿pero qué son para un hombre como yo noventa mil duros? Un buen día desperté sin una peseta y decidí vender cuanto me quedaba; todo menos una máquina fotográfica, recuerdo de papá. A las tres de la tarde recibí los miles de reales que por los muebles me dieron y á las cuatro del mismo día me tiraban la última contraria; un dos de copas, al que me jugaba la cama contra veinticinco duros. Desde el día que perdí la cama no he vuelto á dormir á gusto. Mi situación era tremenda. No tenía dónde comer... De pronto me acordé de la máquina fotográfica; la empeñaré, me dije, y con lo que me den cenaré en cualquier sitio. Pero cuando me dirigía á la casa de empeño se me ocurrió una idea maravillosa: decidí hacerme fotógrafo, pero un fotógrafo especial; tan especial, que cada fotografía que saco me vale quinientas pesetas.

PER. ¡Caracoles!

MAN. Y quinientas mil me valdría si yo quisiera.

LUISA ¿Pues qué clase de retratos hace usted?

MAN. Instantáneas. Cojo mi máquina, me voy á la Casa de Campo, Moncloa, Rosales ó Retiro... Veo en un banco sentaditos á unos enamorados, bien vestida ella, bien vestido él, me oculto entre las plantas, espero á que se entusiasmen; por regla general tengo que esperar muy poco y en cuanto se entusiasman, ¡zás! Luego sigo al don Juan, me entero dónde vive, averiguo si es casado, si es feliz con su mujer y si tiene fortuna, y si tiene fortuna, es casado y es feliz, ¡se ha caído! Un buen día me presento en su casa, le enseño el grupito, le amenazo con dárselo á su señora si no me da quinientas pesetas y hasta hoy no ha fallado ni uno. Tan grande ha sido el éxito que he tenido, que me he visto obligado á hacer ampliaciones á mil pesetas.

PER. Pues sí que es usted fresco.

MAN. El terror de los casados. Desde hoy dejo el oficio. He decidido vivir decentemente, lo he pensado despacio y he decidido instalarme aquí.

PER. ¡Aquí!

LUISA ¿Instalarse aquí?...

MAN. Retirarme yo del oficio significa la tranquilidad de todos los maridos que le son infieles á sus mujercitas. ¿He dicho la felicidad de todos los maridos? Pues he dicho mal, la felicidad de todos menos de uno.

PER. ¿Y cuál es el desgraciado?...

MAN. Vuestro amo. Hice un sorteo entre mis clientes y él tuvo la desgracia de que le tocase la bola negra.

PER. (A Luisa.) (Yo salvo al señorito de las garras de este fresco.) Pues aquí va usted á dar el golpe en falso, porque el señorito pasa por casado, pero... pero sólo está arrimado.

MAN. (Riendo cómicamente.) ¡Ja, ja, jaraja! Fíjese el inofensivo criado. (Saca la cartera, de ella un cuaderno y en él lee.) Aquí está la C. Camilo, Canuto, Carlos, López, Rodríguez, Muñoz, este es, Carlos Frescales; por cobrar pagará con creces; es al que le ha tocado en suerte ser mi segundo padre. Natural de Zaragoza; contrajo matrimonio en mil novecientos diez en la parroquia de San Justo de esta Corte, con Margarita Fresneda, que aportó al matrimonio muy cerca de tres millones de pesetas; él es feliz... con los millones... (Deja de leer.) Seremos felices. ¿Qué os parece? (En este momento suena un timbre.)

LUISA ¡El señorito!

MAN. ¿Qué haceis que no abrís?

PER. En seguida. (Vase seguido de Luisa.)

ESCENA III

MANGANESO, solo

Aquí no se debe de vivir mal. Y si viven mal les obligaré á que vivan bien. Dinero tienen para ello. (Se sienta.)

ESCENA IV

MANGANESO y CARLOS

CARLOS (A Manganeso.) ¡Caballero, por mis criados he sabido cómo ha entrado usted en mi casa!

MAN. (Muy tranquilo.) Por la puerta.

CARLOS Por la puerta sí, pero sin atender, sin escuchar las advertencias de mis criados.

MAN. ¿Y para qué había de escuchar á sus criados si á quien deseo oir y con quien deseo hablar es con usted?

CARLOS Yo no puedo cruzar mi palabra con quien así se introduce en casa ajena.

MAN. Ya comprenderá usted que entrar así en mi casa no tendría nada de particular.

CARLOS Además, estas no son horas de hacer visitas: vamos á comer.

MAN. Tanto mejor; como con ustedes y luego de sobremesa charlamos tranquilamente saboreando una copita de licor.

CARLOS Me gusta la frescura...

MAN. Tenemos el mismo gusto.

CARLOS Esto es inicuo... ¡Salga usted inmediatamente de aquí!

MAN. ¿Quién, yo? (Como furioso.)

CARLOS Sí.

MAN. (Sentándose.) Sí.

CARLOS Bueno, pero usted, ¿qué es lo que quiere?

MAN. Me explicaré. Caballero, yo soy un hombre que he nacido para vivir á costa de alguien. Hace poco me convencí de ello y decidí hacer un sorteo entre mis numerosos clientes, para ver de ellos, es decir, de ustedes, cuál había de ser mi segundo papá. La suerte fué adversa para usted; ella le ha nombrado mi protector y aquí me tiene usted. Yo viviré en esta casa en la que se me arreglará una alcobita ventilada. Usted se encargará de pagarme el sastre, el camisero, el zapatero, etc., etc.; y, por último, tendrá usted muy buen cuidado de que todos los días al vestirme tenga diez pesetas en el bolsillo

del chaleco para atender á mis pequeños vicios. Me parece que no es mucho pedir.

CARLOS ¿Pero usted está loco?

MAN. Cuerdo y muy cuerdo. Todo cuanto pide y cuanto pida me lo dará usted, porque supongo que usted no querrá que yo le regale á su señora este precioso grupito. (Le enseña un retrato)

CARLOS (Sorprendido.) ¿Qué es eso?

MAN. (Dándole el retrato.) Vea usted.

CARLOS (Furioso.) ¿De dónde ha salido esto?

MAN. De una máquina fotográfica que detalla de un modo admirable, como puede verse.

CARLOS Esto es una estafa, un atraco.

MAN. Pero no me negará usted que la cosa es ingeniosa. Comprendo que no es el gordo lo que le ha tocao en este sorteo, pero qué quiere usted, es el sino de las criaturas. Es la fuerza del destino, la voluntad de Dios. Yo he nacido para vivir á costa de alguien; usted en cambio ha nacido para que alguien viva á su costa. Aquí me tiene usted dispuesto á cumplir la voluntad del Creador. De modo que ya lo sabe usted: ó usted me mantiene á mí, ó su señora deja de mantenerle á usted.

CARLOS Este es el colmo de la desvergüenza.

MAN. Eso mismo diría su señora, si viese ese retrato. Es preferible que lo diga usted.

CARLOS Vivir en mi casa, eso de ningún modo. Fije usted cantidad, le daré el dinero que quiera.

MAN. No, no quiero dinero; solamente deseo vivir tranquilo y decentemente.

CARLOS Comprenda usted que es imposible lo que pide.

MAN. ¿Imposible? Nada más sencillo. ¿Usted no tiene un pariente, un amigo, á quien no conozca su señora? (Suena un timbre.)

PER. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

CARLOS ¿Qué ocurre?

PER. Este telegrama (Vase.)

CARLOS (Lee.) (Imposible ir esa como os tenía anunciado. Asunto urgentísimo retiéneme esta unos días. Escribiré. Te abraza tu hermano Ramón.) (Deja de leer.) (¡Hay providencia!)

MAN. Pues sí, la cosa es sencillísima.

CARLOS Yo le doy á usted, á cambio de su silencio, 5.000 pesetas.

MAN. Pierdo, no es negocio.

CARLOS Esto es intolerable.

MAN. Comprenda usted que tengo razón. Usted ha de darme diez pesetas diarias para mis vicios; diez pesetas, multiplicadas por treinta días que tiene el mes natural, son sesenta duros, que multiplicados por los doce meses que tiene el año, son setecientos veinte duros, es decir, 3.600 pesetas, que multiplicadas por el número de años que yo puedo vivir, y puedo vivir muchos, resulta un montón de miles de pesetas. Agreguemos á esto la comida, ropa, casa y los gajes naturales, y verá que de ningún modo puedo acceder, porque pierdo, porque no es negocio.

CARLOS ¿De modo que usted viene decidido á meterse en esta casa?

MAN. Es la fuerza del destino que hacia aquí me arrastró.

CARLOS ¿Y usted, claro está, sabrá á lo que se expone?

MAN. Ya lo creo. Me expongo á que usted me tire por un balcón... Pero no lo hará cuando sepa que tengo hecho mi testamento y en él dejo á su señora media docena de retratos como el que ha visto, primorosamente iluminados, y una porción de detalles de su vida privada. Así es, amigo mío, que no hay más que dos caminos: ó tomarme en las condiciones ventajosas que me ofrezco, ó que su señora se entere de todo.

CARLOS Esto es para pegarse un tiro.

MAN. A eso sí que yo no puedo oponerme. Sobre gustos no hay nada escrito. Unicamente lo sentiría porque me parece que hemos de ser dos buenos amigos.

CARLOS (No hay más remedio que transigir.) (Dándole el telegrama.) Lea usted ese telegrama.

MAN. (Después de leerlo.) Muy bien, ¿y qué?

CARLOS Mi hermano Ramón debía llegar hoy aquí. Como ha leído, asuntos importantes le retienen en Sevilla. Estoy decidido á todo. Mi mujer no conoce á mi hermano. ¿Está usted

conforme con pasar unos días en esta casa, tomando el nombre de mi hermano Ramón, pero sólo unos días, y las cinco mil pesetas ofrecidas?

MAN. Conforme de toda conformidad.

CARLOS Pues no perdamos tiempo. Mi mujer está al llegar.

MAN. ¿Cómo se llama su papá?

CARLOS Como yo.

MAN. ¿Y Ramoncito á qué se dedica?

CARLOS Es un perdis.

MAN. Estoy en carácter. Ni media palabra más. (En este momento suena el timbre tres veces.)

CARLOS ¡Ellas, son ellas!

MAN. No hay que temblar, querido Carlos; el mundo es nuestro, el mundo es de los frescos.

PER. (Saliendo.) Las señoras.

MAN. Que pasen. (Vase Perico.)

ESCENA V

DICHOS, DOÑA CARMEN, ROSA y MARGARITA. Visten con elegancia.

CARLOS (Haciendo la presentación.) Mi mamá política, mi mujer, su hermana Rosa... mi hermano Ramón.

CARMEN ¿Tu hermano?...

CARLOS Ya os dije que era un ser extravagante... Mirar cómo se me ha presentado.

MAN. Es la manía de Carlos, decir que soy extravagante, porque soy algo descuidado en el vestir. Desde mañana os prometo vestir con elegancia. No quiero, en los días que esté en esta casa, disgustar á nadie.

CARMEN ¿Cómo, pero sólo vas á estar unos días?

MAN. Por mi gusto aquí me quedaría para siempre, pero...

CARMEN ¿Pero qué...?

CARLOS Que tiene que hacer mucho en Sevilla.

MAN. No, eso no; pero las molestias...

CARMEN ¿Cómo molestias? Si es cierto que no tiene nada que hacer en Sevilla...

MAN. Absolutamente nada.

CARMEN Pues en ese caso, te marcharás de aquí cuando á nosotros nos parezca.

MAN. Ya lo sabía yo por lo que Carlos me había dicho que era usted angelical.

MARG. Lo único que no te perdonaré nunca es que no vinieras á la boda... ¡Faltar á la boda de tu hermano!...

MAN. Pero si aún no lo conocía...

MARG. ¿Cómo...?

MAN. Pero si aún no lo conocía el proyecto de vuestra boda, cuando tuve que marchar al extranjero y no volví hasta después de haberos casado...

MARG. Cómo, ¿pero no estuvíste malo...?

MAN. Sí, á la muerte...

CARMEN ¿Pero fué tan grave?...

MAN. Muchísimo.. ya lo creo.

ROSA Lo que nos hizo mucha gracia fué tu carta...

MARG. Y el regalo lindísimo, de mucho gusto... Pero yo estaba creída que lo habías mandado desde Sevilla.

MAN. No. (No sé qué decir, voy á meter la pata.) (Ha sonado un timbre.)

ROSA ¿Quién será?...

MARG. Quién ha de ser, los pelmazos del tercero.

PER. (Saliendo.) Los señores del tercero preguntan si están los señores.

CARMEN Qué lata.

MARG. No pierden ni una comida. Se han propuesto saber lo que comemos y lo que cenamos todos los días del año.

MAN. ¿Por lo visto se trata de una visita que no os agrada?

MARG. ¡Qué ha de agradarnos!

ROSA No encontramos manera de quitárnoslos de encima.

MAN. ¿Pero queréis veros libres de ellos?

MARG. Ya lo creo.

MAN. Pues ni una palabra más. Dejadme solo. Ah, para esa visita, yo no soy yo; vamos, yo, como si no fuera hermano de este; yo voy á ser un amigo vuestro. Voy á ser López, el amigo López, ¿os enteráis? Vosotros me seguís la corriente.

ROSA Muy bien, muy bien.

MARG. ¿Pero qué es lo que piensas hacer?

MAN. Ahora dejarme solo. Perico, que pasen esos señores.

PER. Bien. (Vase.)

CARMEN (A Carlos.) Vamos, dejémosle solo.

MAN. Daos prisa.

ROSA (A Carlos) Es simpatiquísimo tu hermano.

MARG. (A Carlos.) Se te nota en la cara la satisfacción que sientes por estar al lado de tu hermano.

CARLOS ¿A mí...? Sí, ya lo creo. (Entranse.)

(Aparecen en escena don Simón y doña Ruperta.)

ESCENA VI

MANGANESO, DON SIMÓN y DOÑA RUPERTA

SIMÓN (Al ver á Manganeso.) (¡Cáscaras! El gran Manganeso aquí.)

MAN. (¡Cielos, el Comisario del Distrito, el único policía que me conoce y me persigue! ¡Estoy casi perdido!)

RUP. (A Simón.) ¿Qué te ha sucedido?

SIMÓN (Como si soñara.) Ruperta... Rupertita... ¿estás segura de que estamos en casa de los señores de Frescales? (Mira detenidamente á Manganeso y á su mujer.)

RUP. ¿Pero te has vuelto loco?

SIMÓN De alegría. ¿Ves ese hombre?

RUP. Sí.

SIMÓN Pues es un estafador... un hombre peligroso. Déjame á solas con él, voy á detenerle..

RUP. ¿Pero estás seguro?

SIMÓN Segurísimo. Es Manganeso, no me cabe la menor duda.

MAN. Señora, caballero... Mi hermano Carlos.. Su mujer, la hermana de la mujer de mi hermano y la mamá de la hermana de la mujer de mi hermano Carlos esperan á ustedes en el comedor... Pueden pasar si gustan.

RUP. (¿Es hermano de Carlos?)

SIMÓN (¡Eso es imposible!) (Mira detenidamente á Manganeso, y le dice:) Yo á usted le conozco.

MAN. No es difícil. También la cara de usted me suena...

SIMÓN (Estoy seguro. Es Manganeso.) ¿Pero usted es hermano de Carlos?

MAN. Sí, señor, soy su hermano Ramón. Seguramente Carlos le habrá hablado á usted mucho de mí.

SIMÓN (A Ruperta.) Déjame á solas con este hombre, que estoy seguro que ha venido aquí á cometer una estafa. Pasa al comedor y haz averiguaciones.

RUP. ¡Por Dios, ten cuidado!

SIMÓN Nada temas. Tengo la pistola preparada. Al menor movimiento que haga le descerrajo un tiro.

RUP. ¡Prudencia, Simón!

SIMÓN Nada temas. (Ruperta temerosa éntrase.)

ESCENA VII

DON SIMÓN y MANGANESO

SIMÓN ¿De modo que usted dice que es hermano de Carlos?

MAN. Sí, señor.

SIMÓN ¿Pero está usted seguro de ser Ramón Frescales?

MAN. Frescales, sí señor.

SIMÓN Y si yo le dijera que miente...

MAN. ¡Caballero!...

SIMÓN Que miente... Que usted no es Frescales.

MAN. ¡Tiene gracia la cosa! Es la primera persona que duda que yo sea un frescales.

SIMÓN No es que dude, es que tengo la seguridad de que usted es Manganeso.
(En este momento salen todos.)

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA CARMEN, DOÑA RUPERTA, ROSA, MARGARITA y CARLOS. Todos salen apresuradamente y asustados

RUP. Es él... tenías razón... no es hermano de Carlos.

SIMÓN ¿Qué dice usted á esto?...

MAN. ¿Qué quiere usted que diga? Un momento,

señor. ¿A usted le merecen crédito estas señoritas?

SIMÓN Ya lo creo.

MAN. No dudará usted entonces de que lo que ellas digan ha de ser cierto.

SIMÓN No puedo dudarlo.

MAN. Pues bien. Digan ustedes á este caballero cuantas veces me han visto.

ROSA Hoy la primera.

MAN. Ahora digan ustedes quién soy yo; pero digan ustedes la verdad.

ROSA Pues este señor es López.

SIMÓN ¿Conque López?... (*Saca una pistola y con ella apunta á Manganeso.*) Arriba las manos, date preso. Tú eres Manganeso.

ROSA
MARG. } ¡Ay! (*Las dos se ponen delante de Manganeso.*)

MARG. ¡Por Dios, don Simón, que es Ramón, que que es el hermano de Carlos...

SIMÓN No. Es Manganeso. Aparte, señorita; no pretenda salvar á este estafador.

ROSA Estafador no, es el hermano de Carlos.

CARMEN Don Simón, yo le aseguro que es el hermano de Carlos. Ha sufrido usted una lamentable equivocación.

SIMÓN No es posible, señora. (*A Manganeso.*) ¡Date preso!

CARLOS (*A don Simón.*) (Es mi hermano, yo le explicaré.)

SIMÓN (Esto debe de ser un lío de familia. Se conoce que el padre debió de tener algún hijo de extranjis.) (*A Carlos.*) ¿Pero no me engaña usted, pero de verdad es su hermano?

CARLOS No lo es, pero ya hablaremos.

CARMEN ¡Menudo susto nos ha dado usted!

ROSA El susto ha sido para el pobre Ramón.

MAN. ¿Para mí?... Nada de eso.

SIMÓN Caballero... supongo que sabrá usted perdonar esta equivocación.

MAN. ¡No faltaba más! ¿Quién no se equivoca en esta vida? No hablemos más de este asunto. Y ahora á comer. Deseo que coman ustedes con nosotros.

SIMÓN Imposible.

MAN. No admito excusas. Ustedes comen con nosotros.

RUP. El caso es...

MAN. Ustedes comen hoy con nosotros, ¡pues no faltaba más! (A Rosa) Rosa, el brazo. Pasen, pasen ustedes. (Pasan por la segunda de la izquierda doña Ruperta y don Simón. Después Margarita y Carlos, y después doña Carmen.)

ESCENA IX

ROSA y MANGANESO

ROSA ¡Qué susto me he llevado!... Creí que te mataba ese hombre.

MAN. ¿Lo hubieras sentido?...

ROSA ¡Qué preguntas haces!

MAN. ¿Pero lo hubieras sentido mucho, mucho?...

ROSA ¡Muchísimo!

MAN. Pues yo me hubiera alegrado infinito... porque creo que si me hubiera matado, esos bellos ojos hubieran vertido una lágrima por mí...

ROSA ¿Y no es preferible que te sigan mirando?

MAN. Cuando después de comer paseemos á solas por el jardín, te contestaré. Vamos á la mesa... (Del brazo de Rosa se dirige al comedor y dice:) Casa, dinero y amor, el mundo es mío. (Telón.)

CUADRO SEGUNDO

Elegante gabinete. A derecha é izquierda y al foro puertas practicables

ESCENA PRIMERA

MANGANESO, entrando. Viste elegantemente

Acabo de asegurarme la tranquilidad, la felicidad y la estabilidad en esta casa para mientras viva. La Providencia me acompaña á todas partes.

(En este momento entra Carlos, furioso.)

ESCENA II

DICHO y CARLOS

CARLOS — Señor de Manganeso ó señor de los diablos... es necesario que hoy mismo salga usted de esta casa para no volver á poner en ella los pies.

MAN. — Querido hermano...

CARLOS — Basta de farsas. Estoy decidido á todo, á todo, ¿lo oye usted bien? A que mi mujer se entere de que tengo una amante, de que estoy derrochando su fortuna... á todo, menos á aguantarle á usted ni un solo minuto más.

MAN. — (Muy tranquilo.) En ese caso, querido Carlos, te recomiendo que hagas la maleta y te marches donde mejor te parezca; porque tan pronto como de eso estemos seguros, decidiremos echarte á la calle.

CARLOS — En cuanto todo se ponga en claro, saldrá usted á patadas de aquí.

MAN. — ¿Crees tú que yo hubiese entrado en la casa de un hombre decente como he entrado en la tuya? ¡No! Pero me enteré de que eras un sinvergüenza, y me dije: donde come un sinvergüenza, comen dos. Y ahora siéntate y escúchame. (Carlos se sienta.) Desde hoy cambiarás por completo tu sistema de vida. Te darás de baja en el Casino, saldrás de casa como yo, con dos duros, y á casa volverás con treinta reales; y, por último, si quieres seguirle pasando esas cinco mil pesetas mensualmente á Rosa la camarera, te buscas un empleo ó negocio en el que ganes esa cantidad; pues has de saber que no estoy dispuesto á que destroces la fortuna de mi futura esposa, como estás destrozando la de la tuya.

CARLOS — ¿Pero qué dice usted?

MAN. — Pues muy sencillo. ¿No te has casado tú con Margarita?...

CARLOS — (Adivinando el pensamiento de Manganeso.) ¡Cómo! ¡Tú!... Digo, ¿pero usted?...

MAN. Sí, yo. He decidido casarme con Rosa... nos queremos. En los tres días que llevo en esta casa me he ganado las simpatías de tu mujer, las de Rosa y las de doña Carmen.

LUISA (Entrando) ¡Señorito Carlos!

MAN. Hombre, llegas á tiempo.

LUISA ¡Su papá, señorito!

CARLOS ¡¡Mi padre!!

MAN. ¿Papá?... (A Carlos.) No te apures. (A Luisa.) Di á papá que pase.

LUISA (A Carlos.) ¿Qué hago, señorito?...

MAN. (Furioso.) ¿No te he dicho que pase?.., (Vase Luisa.)

CARLOS (A Manganeso.) ¿Pero qué es lo que piensa usted hacer?

MAN. Saludar á papá... es lo más natural después de mi largo viaje. (En este momento aparece en escena don Carlos, señor de edad; elegante.)

ESCENA III

DICHOS y DON CARLOS

MAN. (Sale al encuentro de don Carlos y abrazándole exclama:) ¡Querido papá!

D. CAR. ¡Caballero!... (Retrocediendo.)

CARLOS ¡Papá, por Dios!

D. CAR. ¿Pero quién es este hombre?

MAN. Las mujeres han salido de compras, estamos solos, podemos hablar con tranquilidad. (A don Carlos.) Toma asiento.

D. CAR. (A Carlos.) ¿Pero quién es este hombre, te vuelvo á preguntar?

MAN. Pues el hermano de Carlos... tu hijo Pepe. Pero siéntate.

CARLOS Por respeto á mi padre, esto tiene que terminar.

MAN. Como gustes. (En este momento suena un timbre.)

CARLOS ¡Cielos!... ¿Serán ellas?...

MAN. Seguramente.

CARLOS (A su padre.) Si son ellas, este es tu hijo Pepe, mi hermano.. Hay que disimular... Tienes que fingir... Ya te explicaré...

MAN. Sí; ya te explicaremos...

D. CAR. ¿Pero qué lío es este?... ¿Cómo he de ser yo el padre de este señor?

MAN. (Cómicamente.) ¡Ay, sí; usted es mi padre!

D. CAR. (Como dudando.) ¿Pero este es mi hijo Pepe?... ¿Tu hermano?...

MAN. ¡Sí... tu hijo!

CARLOS No, papá; pero ya te explicaré.

D. CAR. ¿Pero qué es lo que pasa aquí?

CARLOS Todo lo sabrás.

ESCENA IV

DICHOS y LUISA

LUISA Señorito, el señor del tercero dice que desea hablar con usted á solas.

CARLOS ¿A solas?

LUISA Sí, señorito.

CARLOS Pues no molestemos, querido papá... Pasa por aquí.

D. CAR. Carlos, esto es necesario que se aclare cuanto antes.

MAN. En seguida, en seguida; pero ahora pasa por aquí. (Entranse.)

ESCENA V

DICHOS y DON SIMÓN, que aparece en la puerta

SIMÓN ¿Se puede?

CARLOS ¡Adelante!

SIMÓN ¿Estamos solos?

CARLOS Completamente solos.

SIMÓN Todo está arreglado.

CARLOS Pero mi señora no se enterará de nada.

SIMÓN Absolutamente de nada.

CARLOS ¿Y cómo ha dispuesto usted que se haga la detención?

SIMÓN De un modo sencillísimo. Tengo desde esta mañana dos agentes en la puerta. Cuando ese sinvergüenza se disponga á salir á la calle, saldré tras él, y tan pronto como ponga los pies en ella será detenido.

CARLOS ¡Admirable! Pero hay un inconveniente.

SIMÓN ¿Cuál?

CARLOS ¿Qué digo yo á mi mujer, cuando vea que mi hermano, es decir, que ese sinvergüenza ha desaparecido?

SIMÓN Nada más sencillo. Escribe usted á su verdadero hermano prohibiéndole que venga á Madrid y que no escriba hasta nueva orden. Pasados tres días, un íntimo amigo mío que está en Cádiz, y al que ya he escrito dándole las órdenes oportunas, dirigirá á usted el siguiente telegrama: «Aburrido pésimos negocios Sevilla, embarco este momento *León XIII* rumbo á Argentina. Te abraza tu hermano, Ramón.»

CARLOS Admirable idea.

SIMÓN ¡Pensaría ese gran sinvergüenza que se iba á reir de mí!

CARLOS ¿Cómo pagar á usted este gran favor? (En este momento sale Manganeso.)

ESCENA VI

DICHOS y MANGANESO

MAN. Carlos... (Fingiendo.) ¡Ay, usted perdone!

SIMÓN No faltaba más.

MAN. Dice papá que si puedes pasar un momento.

CARLOS Sí. Con el permiso de usted, don Simón. (A Manganeso.) Mira, quédate haciendo compañía á don Simón mientras salgo. Con su permiso.

ESCENA VII

DON SIMÓN y MANGANESO

MAN. ¿Usted fuma? (Le ofrece un cigarrillo.)

SIMÓN Muchas gracias. (Acepta.)

MAN. Tome usted asiento.

SIMÓN Con su permiso.

MAN. Con el del dueño de la casa. Yo aquí no soy nada más que un intruso... un fresco... que se ha propuesto vivir á costa de don Carlos, y á pesar de que usted piensa dete-

nerme hoy mismo, á costa de don Carlos seguiré viviendo.

SIMÓN ¿Cómo?... (Se pone en pie.)

MAN. Lo sé todo. Lo he oído todo. Pero tome usted asiento, porque antes de salir yo de esta casa tenemos que hablar. Empezaré por decirle que estoy perfectamente enterado de que su señora es celosísima, y de que sin fundadamento sospecha que usted y la señora de su íntimo amigo don Raimundo Seguidilla ponen en ridículo al pobre señor.

SIMÓN Pero...

MAN. Ya he dicho que su señora no tiene motivos para sospechar, pero también he dicho que sospecha. También sé que tiene usted á la puerta de esta casa dos agentes, que esperan una señal de usted para detenerme. Pero no me detendrán.

SIMÓN ¿Que no le detendrán á usetd?

MAN. No. Yo supongo que usted no tendrá muchos deseos de divorciarse...

SIMÓN ¿Qué es lo que quiere usted decir?

MAN. Sencillísimo. A mis manos ha llegado un retrato de la esposa del señor Seguidillas.

SIMÓN Es posible.

MAN. Y otro de usted.

SIMÓN ¿Mío?

MAN. Y con los dos retratos he hecho una composición fotográfica que es una verdadera maravilla.

SIMÓN ¿Pero es posible?...

MAN. Aparecen ustedes sentados en un banco del Retiro... y les he puesto á ustedes á punto de caramelo.

SIMÓN Eso no es posible.

MAN. ¡Vea usted qué prodigio! ¿Quién supone que esto es un arreglo?... (Le da un retrato.)

SIMÓN ¡Cielos!...

MAN. He sacado quinientas pruebas, de modo que no se moleste en romper esa.

SIMÓN ¡Esto es una infamia!... ¡Esto no lo verá mi señora!

MAN. Si usted desiste de su propósito de detenerme, no lo verá.

SIMÓN Comprenda usted que mi situación es difícil...

MAN. Mucho más difícil es la mía, y ya me ve, tan fresco. Sobre todo, si usted quiere, todo se puede arreglar, quedando los dos admirablemente.

SIMÓN ¿Cómo?

MAN. De un modo sencillísimo. Usted, como policía, se ha enterado de quién soy. De sus averiguaciones resulta que no soy como parezco, un sinvergüenza, sino simplemente el millonario Duque de Manganeso, que una noche en el Casino, después de una pequeña juerga, en la que se bebió más de lo prudente, apostó con unos amigos la respetable suma de quinientas mil pesetas, á que durante un año se comprometía á vivir sin trabajar y espléndidamente á costa de los maridos que le son infieles á sus esposas.

SIMÓN Comprendido, comprendido. Pero como la verdad se ha de saber algún día...

MAN. Le doy á usted mi palabra de honor, que la verdad no se sabrá nunca.

SIMÓN Si eso fuera cierto... (Duda.)

MAN. Ciertísimo. Figúrese usted si yo tengo interés en ello.

SIMÓN ¿Entonces hoy mismo quemará usted esas quinientas pruebas?

MAN. ¿Y usted desistirá de detenerme?

SIMÓN ¡Sí... qué caramba; me ha sido usted muy simpático! Es usted un estafador que me hace mucha gracia. (Se oye un timbre.)

MAN. Estas deben de ser las señoras.

(En este momento entran en escena don Carlos y Carlos.)

SIMÓN Pues ni media palabra más.

MAN. Silencio. (Salen don Carlos y Carlos.)

SIMÓN Señores, yo, con el permiso de ustedes, me retiro.

MAN. ¿Por qué no come usted con nosotros?

SIMÓN Imposible. Ya estará impaciente mi señora, pues me he retrasado algo.

CARLOS Le esperamos á tomar café.

SIMÓN Acepto gustoso.

CARLOS ¿Supongo que no se hará usted esperar mucho?

SIMÓN Tan pronto como termine de almorzar, soy con ustedes.

CARLOS (A don Simón.) (Seguramente, después de comer, saldrá este sinvergüenza.)

SIMÓN (A Carlos.) (Seguramente ahora habrá en casa un agente, al que he encargado que haga averiguaciones respecto á la vida de este gran sinvergüenza.) (Alto.) Señores, hasta en seguida. (Vase.)

D. CAR. Parece muy simpático este señor.

MAN. Muchísimo.

D. CAR. Bueno; ¿puedo saber ya qué es lo que sucede en esta casa?

CARLOS Silencio... Ellas... (Entran en escena doña Carmen, Rosa y Margarita.)

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA CARMEN, MARGARITA y ROSA

CARMEN (A don Carlos.) Querido consuegro... Dichosos los ojos...

MARG. ¿Pero qué es de tu vida?

ROSA Ya, ya. Creímos que habías olvidado dónde vivíamos.

D. CAR. Estoy ocupadísimo.

CARMEN ¿Qué? ¿Cómo encuentras al hijo perdido?

D. CAR. (Olvidando fingir.) ¿Qué hijo?... (Carlos le tira de la chaqueta.) (¿Pero qué haces?)

CARMEN ¿Cómo que á qué hijo?... A Ramón, á éste.

D. CAR. ¡Ah, muy bien, muy bien!

MAN. (Abrazando á don Carlos.) ¿Verdad que estoy ahora muy bien? (Le da un beso.)

D. CAR. (Si me vuelve usted á besar, no soy su padre ni cinco minutos más.)

CARMEN Es que hay una Providencia que vela por nosotros. Porque, si no, ¿qué hubiera sido de este muchacho... siempre solo por esos mundos de Dios? ¿Quién es el culpable de que haya hecho la vida que ha hecho?

D. CAR. No sé. (Carlos le vuelve á tirar de la chaqueta. A Carlos.) (¿Qué quieres?)

CARMEN ¿Cómo que no lo sabes?... Si le hubieras educado bien... Si te hubieras hecho respetar... (Cogiendo á Manganeso y poniéndole frente á don Carlos.) Vamos, con franqueza, ¿tú crees que el muchacho es malo?...

D. CAR. No lo sé; porque no lo conozco... (Carlos le da un fuerte pisotón.) ¡Ay!... (A Carlos.) ¡Cáspita! ¡Fíjate dónde pisas!

CARMEN ¿Pero cómo que no le conoces?...

D. CAR. No lo conozco; porque cuando se fué estaba flaco como una caña.

MAN. ¡Si he engordado mucho! (Abraza á don Carlos.)

MARG (A Carlos.) ¿Pero qué te sucede?... ¡Estás nervioso!...

CARLOS Es que me impresiona la bondad de papá.

ROSA (A don Carlos.) En los días que lleva aquí no se ha podido portar mejor...

D. CAR. Edad tiene para ello... porque sí tendrá lo menos treinta y tres años.

CARMEN ¿Cómo lo menos? ¿Pero es que no sabes la edad que tiene tu hijo?

CARLOS Yo creo que en este momento no lo sabe, y creo más, creo que no sabe lo que se dice. No podéis figuraros lo que se ha impresionado al verlo; con deciros que se lo he tenido que presentar...

D. CAR. Claro, como que no lo conocía...

CARMEN Es natural... después de tantos años sin verle...

MARG. Y habiendo cambiado tanto...

D. CAR. Como que no es mi hijo... no es el que se marchó... este es otro...

CARLOS (Al quite.) Ha engordado... ha crecido... es otro, es otro...

D. CAR. Yo lo digo con franqueza, si antes de verlo aquí lo veo en la calle, no lo conozco.

MAN. Lo mismo me hubiese sucedido á mí.

D. CAR. Lo creo.

MAN. Porque tú también estás desconocido ..

D. CAR. (¿Pero quién será este punto?)

ROSA Es que se da una gran vida... está que parece un pollo... aun hace conquistas, te prevengo...

CARMEN ¡Qué cara de satisfacción tienes! ¡Cómo habías de pensar que tu hijo estaba aquí desde hace tres días! Lo verás y te parecerá mentira.

D. CAR. Justo, me parece mentira.

CARMEN Yo, como nunca me he separado de mis hijitas, me explico tu asombro.

CARLOS Bueno, cambiar de vestidos y á comer.

ROSA (A Manganeso.) ¿Está contento?

MAN. Ya lo creo. (Hablan en voz baja.)

CARMEN (Viéndolos, á don Carlos.) Míralos; yo creo que se entienden. Ya hablaremos de esto más despacio. Ahora vamos á quitarnos estos vestidos, de sobremesa hablaremos. Vamos, niñas.

ROSA (A Manganeso) Que sí, que sí y que sí.

CARMEN Podéis si queréis pasar ya al comedor; porque nosotras estamos listas en seguida.

CARLOS No; nosotros nos quedamos fumando un cigarrillo. (Entranse ellas.)

ESCENA IX

DON CARLOS, CARLOS y MANGANESO

CARLOS (A don Carlos.) ¡Qué rato me has hecho pasar; más de cien veces has estado á punto de echarlo todo á rodar!

MAN. Sí que has estado torpe.

D. CAR. Caballero, no consiento de ningún modo que usted me tutee. Es necesario que este enredo se desenrede cuanto antes, ahora mismo.

MAN. (A Carlos) Pues desenrédalo, Carlos.

CARLOS Mira, papá, ten un poco de paciencia, que todo lo sabrás. Ahora es necesario que sigas fingiendo.

D. CAR. ¿Pero quién es este hombre?

CARLOS El señor Manganeso; por ahora confórmate con saber su nombre, luego lo sabrás todo.

D. CAR. Pues no me conformo. Este señor ú hombre ó lo que sea, me parece un gran sinvergüenza, y creo que no me equivoco.

MAN. Tan sinvergüenza como Carlos, sí, señor. Su hijo entró en esta casa aconsejado por usted, lo sé todo, para vivir á costa de los millones de Margarita; yo vengo por los de Rosa.

D. CAR. Caballero, mi hijo se ha casado enamoradísimo.

MAN. De los millones, lo sé.

D. CAR. Eso es una infamia.

CARLOS Papá...

MAN. Déjalo, Carlos... Tu papá, tú y yo hemos de llevarnos muy bien. A los tres nos ha unido el interés y unidos seguiremos mientras interés haya, y seis millones bien administrados producen un interés tan respetable, que los tres lo respetaremos.

D. CAR. ¡Es usted un cínico!

MAN. De acuerdo. Somos tres cínicos.

LUISA (Saliendo.) Señor...

CARLOS ¿Quién?

LUISA Un hombre que viene preguntando por el señorito Ramón... Yo, siguiendo las órdenes recibidas, le he dicho que aquí no vive nadie que se llame Manganeso; él ha insistido y ha dicho que ó sale el señor Manganeso ó de lo contrario arma una bronca más que fenomenal.

MAN. ¿Ha dicho su nombre?

LUISA Sí, señorito; dice que se llama Pérez.

MAN. ¿Tiene un lunar en la mejilla derecha?

LUISA Sí, señorito.

MAN. ¿Es él muy mal encarado?...

LUISA Y muy mal trajeado.

MAN. ¡Cielos!... Estamos perdidos.

CARLOS ¡Cómo!...

D. CAR. ¿Perdidos?...

MAN. Estamos perdidos. ¿Ustedes me ven á mí?... Pues respecto á frescura, me comparan con ese grandísimo... Pérez, y yo resulto un piñón tostao.

CARLOS ¡Un piñón!

MAN. Ese canalla que nos amenaza con el escándalo es el hielo personificado. El mismo hielo no es más fresco que Pérez.

CARLOS ¿Pero yo qué tengo que ver con un señor que pregunta por usted?

MAN. Te olvidas de que yo soy una prolongación tuya... La presencia de ese hombre puede traernos la ruina para los tres. Aruinado tú... arruinado nosotros dos.

CARLOS ¿Pero quién es ese hombre?...

MAN. Es mi socio. Yo no sabía manejar la máquina fotográfica. La idea del retrato sorprendente fué mía, pero para explotar esa idea necesitaba un fotógrafo. Ese fotógrafo es ese hombre... Pérez.

CARLOS Esto es demasiado. Papá, cierra esas puertas.

D. CAR. ¿Pero quieres decirme, hijo mío, qué significa todo esto?...

CARLOS Ahora mismo vas á saberlo. Cierra esas puertas. (A Luisa.) Luisa, que pase ese hombre y sube recado á don Simón para que baje inmediatamente.

LUISA Bien. (Vase.)

CARLOS Estoy decidido á todo, esto se termina ahora mismo.

MAN. ¿Pero serás capaz?...

CARLOS Ahora va usted á convencerse.

ESCENA X

DICHOS y PEREZ, tipo achulado de alguna edad y mal vestido

PÉREZ (Entrando sin pedir permiso.) Ustés disimulen. pero lo que á mí más me da cien patás es andar pidiendo permiso pa entrar en vivienna ajena. Beso á ustés la diestra, y á ti (A Manganeso) dígote: *Salute é impluriman,* que vertido á nuestra lengua de nación quiere decir, que con saluz te emplumen, y á eso vengo.

MAN. Querido Pérez...

PÉREZ Hazme el favor de retirar los adjetivos entrañables, porque vengo empoyao pa hacer unas oposiciones á cadena perpetua, contando con el indulto.

CARLOS (¡Qué bruto!)

D. CAR. (¡Este hombre es una fiera!)

PÉREZ Si el que inventó eso de las cuentas que creo fué un tal Sócrates, no fué un sacamuelas, estoy seguro que eres en adeudarme 25.000 pesetas de los últimos retratos.

MAN. Hombre... te diré...

PÉREZ El que te tiene que decir muchas cosas soy yo. Hasta hoy y gracias á mí, te has dado á costa de unos cuantos primos, entre ellos yo el primero, una vida verdaderamente principesca. Y como en esta prolongada vida se arremata todo, esta especie de Jauja se ha terminao pa ti, en cuanto que te opongas á

que para mí empiece. O los dos en Jauja ó los dos á la calle. Sé que vives mejor que el Rey de la República Francesa, y vengo dispuesto á que cuanto tienes lo compartas conmigo. Hasta hoy has vivido gracias á mí... Desde hoy estoy decidido á vivir gracias á ti. De modo y manera que ó yo como hoy contigo en esta casa ú hoy no comemos ninguno de los dos (Se oye el timbre.)

CARLOS Eso es seguro.

PÉREZ ¿Y á usted quién le ha dado vela en esta procesión?

CARLOS Soy el dueño de la casa.

PÉREZ ¿El primo?... En ese caso me tiene usted sin cuidado.

CARLOS ¿Cómo?...

PÉREZ Como lo oye usted.

D. CAR. ¿Pero en qué país vivimos?

PÉREZ Ya lo he dicho antes, en Jauja.

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA CARMEN, ROSA y MARGARITA

Doña Carmen sofocada, con un telegrama en la mano, entra seguida de sus hijas demostrando todas gran disgusto

CARMEN (A Carlos.) Caballero. . ¿puedo yo saber qué es lo que sucede en esta casa? ¿Quién es este hombre? (Por Manganeso.) ¿Por qué se hace pasar y tú lo consientes por hermano tuyo?...

CARLOS ¿Cómo?...

CARMEN Toma, lee ese telegrama que ha llegado ahora mismo, en el que tu hermano dice que llega en el tren de las ocho.

CARLOS ¿Pero es posible?...

ROSA (A Manganeso.) ¿Pero de verdad no es usted hermano de Carlos?

MAN. De verdad, señorita. A usted no puedo engañarla, la adoro. Yo no soy hermano de Carlos.

CARMEN ¿Pues quién es usted?

MAN. Que lo diga Carlos.

CARMEN ¿Quién es?

D. CAR. Eso es lo que yo estoy preguntando, ¿quién es este hombre?

MAN. Pues ahora lo van ustedes á oir puesto que Carlos lo va á decir. Ha llegado el momento de que todos sepan quién soy yo. Dilo, Carlos.

CARLOS (Dudando.) Pues es... (En este momento Luisa anuncia la llegada de don Simón y su esposa.)

ESCENA XII

DICHOS, DON SIMON y su esposa

LUISA Don Simón y su señora.

RUP. (A Manganeso.) ¡Querido Duque!... (Asombro general.)

SIMÓN ¿Qué es lo que sucede, Duque?

CARLOS, D. CAR., MARG., ROSA ¡¡Eh!...

CARLOS Señores, ¿pero es que se han vuelto ustedes locos?

D. CAR. Yo creo que estamos locos todos los de esta casa.

CARLOS Si no se explican ustedes...

SIMÓN Es sencillísimo, amigo don Carlos. Por las averiguaciones hechas para poder detener, á quien tanto usted como yo creímos un estafador, he averiguado que no hay tales carneros, como vulgarmente suele decirse. Su ilustre huésped, es el señor duque de Manganeso, persona conocidísima entre la nobleza. Todo cuanto ha hecho ha sido una pequeña locura... una apuesta de 500.C00 pesetas.

CARLOS ¿Pero es posible?

MAN. Sí, caballero, cierto todo cuanto ha oído usted.

CARLOS Amigo mío, esto ha cambiado mucho, muchísimo. Hace cinco minutos le hubiese echado de mi casa á puntapiés, ahora le ruego que en ella permanezca hasta que expire el plazo señalado para ganar la apuesta.

PÉREZ ¿Pero de verdad este señor es Duque?

MAN. Sí, pobre diablo; un Duque, tan generoso como millonario, que sabrá pagar bien tus servicios. Por de pronto voy á darte la pri·

mera gratificación, 5.000 pesetas, y en Diciembre, cuando gane la apuesta, te regalaré 50.000 pesetas. ¿Estás conforme?

PÉREZ ¿Pero es posible?... ¿Pero eso lo dice usted de verdad?...

MAN. Sí, hombre, sí. Amigo Carlos, ¿quiere usted hacerme un préstamo de 5.000 pesetas?

CARLOS Querido Duque, lo que usted quiera.

D. CAR. (¡Pues señor, esto cada vez se enreda más.)

CARMEN Yo no salgo de mi asombro.

ROSA Ni yo.

CARMEN ¿De modo que no es tu hermano?

CARLOS Claro. (A Margarita.) Es el Duque.

MAR. (A Rosa.) El Duque.

ROSA (A doña Carmen.) El Duque.

CARMEN (A don Simón.) Nuestro buen amigo el Duque.

SIMÓN (A Pérez.) El queridísimo Duque.

PÉREZ (El solo y con una ridícula reverencia.) El espléndido Duque.

D. CAR. No hay quien sepa quién es este Duque. (Todos rodean á Manganeso. Telón.)

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primero. Al levantarse el telón, Ramón, hermano de Carlos, saca por la primera puerta de la derecha á Manganeso y zarandeándole le conduce hasta el centro de la escena donde le apunta con un revólver.

ESCENA PRIMERA

RAMON y MANGANESO

RAM. ¿Usted sabe lo que es esto? (Le apunta con el revólver.)

MAN. Canastos, apunte usted á otro sitio.

RAM. (Descarga el revólver y le enseña las balas.) Y esto, ¿sabe usted lo que es?

MAN. Cinco almendras que desgraciao del que las pruebe.

RAM. Pues estas cinco almendras, como usted dice, se lás voy á meter en la cabeza una detrás de otra, como antes de una hora no haya usted salido de esta casa para no volver á

poner en ella los piés. Lo sé todo. Es usted un sinvergüenza.

MAN. Sí, señor.

RAM. Y un canalla.

MAN. Sí, señor.

RAM. Y le voy á meter á usted media libra de plomo en la cabeza.

MAN. Sí, señor; digo, no, señor.

RAM. ¿Cómo que no señor? (Amenazador.)

MAN. ¡Sí, señor; sí, señor! (Temblando.)

RAM. (Indignado.) Hombre, no sé cómo no le levanto á usted la tapa de los sesos.

MAN. ¡No, por Dios... yo le complaceré á usted! Saldré de esta casa como usted desea antes de una hora... Pero esto no es que yo quiera decir que desisto de vivir á costa de un primo. ¿Usted sabe por qué estoy yo en esta casa?

RAM. Por fresco.

MAN. ¿Y por qué más?

RAM. Por cierta fotografía comprometedora para mi hermano.

MAN. Fotografía que hasta hoy ha sido mi cocido. Desde hoy, mi cocido será una fotografía, en la que don Simón, el comisario de este distrito, nuestro vecino, aparece besando á una bella señora.

RAM. ¿Será usted capaz?

MAN. Yo soy capaz de todo. Desde hoy don Simón será mi protector.

RAM. Es usted muy dueño de hacer lo que mejor le parezca, pero no olvide que antes de una hora...

MAN. Saldré de esta casa... Conformes de toda conformidad.

RAM. Pero antes de una hora... (Vase.)

MAN. Muchísimo antes.

ESCENA II

MANGANESO, sólo

Con un hombre así da gusto hablar. Quién se niega al desalojen, pidiéndolo casi de rodillas... pobrecillo.

(Sale doña Carmen.)

ESCENA III

MANGANESO y DOÑA CARMEN

MAN. Señora, necesito hablar con usted de algo muy grave. Viene usted que ni llovida del cielo.

CARMEN ¿Qué es ello, querido duque?

MAN. Señora... desde este momento, suprima usted lo de duque y llámeme á secas Epifanio, pues éste es mi verdadero nombre. Yo soy un sinvergüenza.

CARMEN ¿Y por qué Carlos le hizo pasar á usted, primero, por su hermano, y, después, por el duque de Manganeso?

MAN. Todo lo hizo por el gran cariño que profesa á Margarita.

CARMEN ¿Es posible?...

MAN. Sí. Carlos, en un momento de extravío, le fué infiel á Margarita...

CARMEN ¿Infiel?...

MAN. Yo, que tenía pruebas de su infidelidad, le amenacé si no me tenía en su casa, tratándome, claro está, como á persona de su familia, con enterar de todo á Margarita.

CARMEN Es usted un fresco.

MAN. Ya se lo había dicho á usted, señora.

CARMEN ¿Y el pobre Carlos accedió á todo, con tal de que mi hija no se enterase de nada?...

MAN. Eso es.

CARMEN No he conocido sinvergüenza como usted.

MAN. Ni lo conocerá. Pero á sus pies, de rodillas, la digo (Se pone de rodillas.) doña Carmen, antes de una hora saldré de esta casa... amo á su hija Rosa, la amo con locura... ella me ama... me ama lo sé... (En este momento aparece en escena Rosa, que se queda asombrada al ver á Manganeso de rodillas.)

ESCENA IV

DICHOS y ROSA

ROSA ¿Pero qué pasa?... ¿Qué haces en esa postura?
MAN. Rosa...
CARMEN Hija mía. (Afligida.)
ROSA ¿Pero qué sucede?...
CARMEN Hija de mi alma... ¿tú estás segura de que quieres á Epifanio?...
ROSA (Sorprendida.) ¿A Epifanio?... ¿Pero quién es Epifanio?...
MAN. Yo.
ROSA ¿Tú?... (Asombrada.)
CARMEN Sí; él.
ROSA ¿Pero no eres duque?... ¿No te llamas Pepe?..
MAN. No, amor mío. Sólo soy aspirante á empleado y aspirante á tu mano.
ROSA ¿Sólo?...
MAN. ¿Te parece poco?...
ROSA Poquísimo.
MAN. Entonces...
ROSA (Haciendo medio mutis.) Entonces... beso á usted la mano.
CARMEN Besamos á usted las manos...
MAN. Pero...
ROSA, CARMEN Besamos á usted las manos.
ROSA (Aparte.) Con lo que yo le quería... (Entranse.)

ESCENA V

MANGANESO, sólo

Definitiva... Las mujeres son definitivas. Son mucho más frescas que nosotros. (En este momento salen don Carlos y Carlos, que miran á Manganeso con guasa.)

ESCENA VI

MANGANESO, DON CARLOS y CARLOS

CARLOS (Con guasa.) ¿Ha hablado usted con mi hermano?...

D. CAR. (Idem.) ¿Ha hablado usted con mi hijo?...

MAN. (Dándose cuenta del pitorreo contesta en igual tono.) He hablado.

D. CAR.
CARLOS } ¿Y qué?...

MAN (Sentencioso.) Que no me voy de esta casa.

D. CAR.
CARLOS } (Aterrados.) ¿Cómo?...

MAN. Que no me voy de esta casa.

D. CAR.
CARLOS } ¿Pero es posible?...

MAN. Como lo oyen ustedes. No me voy de esta casa... Me mudo al tercero.

CARLOS ¿Eh?...

MAN. Sí. El médico me ha recetado pisos altos, y, don Simón, enterado de ello, me ha invitado á pasar una temporada en su casa.

CARLOS ¿Don Simón?...

MAN. Sí. Es un señor muy amable. (En este momento aparece en escena Perico.)

PER. Señorito... Don Antonio, el casero, pregunta por usted.

CARLOS Que pase, que pase. (Vase Perico. Carlos á su padre.) Pienso hacer algunas obras y le he mandado llamar para ver si me concede permiso.

ESCENA VII

DICHOS y DON ANTONIO

ANT. (Al ver á Manganeso.) (Cielos, este hombre aquí)

MAN. (Atiza, don Antonio... y yo sin llevarle la ampliación en la que está besando á la bella Trapito.)

CARLOS ¿Cómo está usted, don Antonio? (Presenta á su padre.) Mi padre... Don Antonio Rebolledo...

ANT. Tanto gusto.

MAN. Don Antonio, haga usted el favor un momento... con el permiso de estos caballeros...

CARLOS Cómo... ¿pero se conocen ustedes?...

MAN. Muchísimo.

ANT. (Contrariado y sin saber que decir.) Sí... sí... algo... (Don Antonio y Manganeso forman grupo aparte.)

MAN. ¿Ya habrá usted visto que soy compasivo y que no he llevado á su señora la ampliación?...

ANT Dios se lo pague...

MAN. Mire usted, como yo estoy seguro de que Dios no se mete en estas pequeñeces, prefiero que me lo pague usted.

ANT Pues espéreme esta tarde á las seis en el Suizo y le llevaré las mil pesetas.

MAN. No, no quiero dinero. Sé que es usted dueño de esta casa, y sé que en ella hay un piso desalquilado.

ANT Justo.

MAN. Pues ese piso es necesario que me lo alquile usted á mí.

ANT. ¿Pero está usted dispuesto á pagar veinticinco duros mensuales?

MAN. Estoy dispuesto á no pagar nada en un año. Ese piso es el precio de mi silencio.

ANT Comprenda usted que eso es demasiado.

MAN. ¿Demasiado?... Esta tarde recibirá su señora la ampliación.

ANT. Por Dios, eso no..

MAN. Entonces, de acuerdo. Esta tarde á las seis en el Suizo firmaré el contrato.

ANT. Abusa usted demasiado.

MAN. Ya me hago cargo, pero hay que vivir. (Aparecen en escena doña Ruperta y don Simón.)

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA RUPERTA y DON SIMÓN

RUP. Querido duque... (A don Antonio.) ¿Usted por aquí?...

MAN. Don Simón, haga el favor un momento, que tengo para usted un encarguito.

SIMÓN ¿Para mí?... Usted dirá. (Forman grupo.)

MAN. Pues digo, que me ha traicionado usted... que me ha vendido usted...

SIMÓN Me remordía la conciencia.

MAN. ¿Sí, eh?... Pues para que otra vez no le remuerda vea á lo que le castigo. A que mañana mismo me compre usted todo cuanto necesito para amueblar el cuarto piso de

esta casa, que en este momento he alquilado por un año. No pienso amueblarlo con mucho lujo, así es que ni media prlabra más.

SIMÓN Pero...

MAN. Ah, pero, ¿hay peros?...

SIMÓN Es que...

MAN. Porque si hay peros en seguida tiro de retrato.

SIMÓN No, por Dios.

MAN. Entonces de acuerdo. (En este momento salen á escena Margarita, Rosa, doña Caimen y Ramón.)

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA CARMEN, MARGARITA, ROSA y RAMÓN

MARG. Infame... granuja...

CARLOS ¿Pero qué te pasa?...

MARG. (Al ver á Manganeso.) ¿Cómo... pero aún está en esta casa ese hombre .. ese sinvergüenza?... Fuera, fuera de aquí...

RUP ¿Pero qué significa esto, querido duque?...

MAN. Señora... esto significa... Bueno, ya le explicaré á usted lo que esto significa... Cuando vea usted que su esposo y don Antonio salen de esta casa conmigo, se lo explicará usted todo. Hasta que amueble el piso, les haré á ustedes el honor de vivir en su compañía.

SIMÓN ¿Cómo?...

MAN. Comiendo y cenando con ustedes y durmiendo en una fonda cualquiera. Salgamos, salgamos de esta casa, en la que no puedo estar cinco minutos más... Qué diferencia de clase, entre yo y esta familia.

CARMEN Una diferencia grandísima; sí, señor.

PER. (El criado, saliendo con un telegrama.) Este telegrama han traído ahora mismo.

CARMEN Trae. (Lo lee.) Es para ti, Carlos.

CARLOS Abrelo tú, lo mismo da.

CARMEN (Después de leer el telegrama.) ¿Eh?...

CARLOS ¿Qué dice... de quién es?...

CARMEN (Cogiendo á sus hijas y separándose con ellas hacia la derecha.) Hijas mías, estamos rodeadas de sinvergüenzas.

ROSA / MARG. } Mamá... (Asombro general.)

MAN. (A doña Ruperta.) ¿Lo ve usted? no hay quien las aguante.

CARMEN Hijas mías, tampoco éste (Por Ramón.) es el hermano de Carlos.

D. CAR. / CARLOS / RAM. } (Asombrados.) ¿Cómo?...

CARMEN Tampoco, digo.... Oigan ustedes. (Lee el despacho.) «Aburrido, pésimos negocios Sevilla, embarco en este momento en *León XIII*, rumbo Argentina. Te abraza tu hermano Ramón.»

CARLOS ¡Dios mío!..

RAM. Yo embarcado... y sin saber nada.

D. CAR. (A don Ramón.) ¿No eres mi hijo?...

CARMEN ¿Pero este hombre quién es?... ¿Por qué está en mi casa?

D. CAR. Señora, no lo sé... Yo ya dudo de que yo sea yo.

CARLOS (A Manganeso.) ¿Pero quién es este hombre?

MAN. Pregúnteselo usted á su padre.

CARMEN ¿Pero quién es el padre?...

MAN. Pregúnteselo usted al hijo.

CARLOS (A don Simón.) De este gran enredo tiene usted la culpa...

SIMÓN ¿Yo?...

CARLOS Usted, sí, señor.

RUP. ¿Tú?...

MAN. Sí, señor, usted... (Encarándose con don Antonio.) Y usted.

ANT. ¿También yo?...

MAN. Sí, señor, los dos. Yo voy á salir de esta casa pero no quiero que en ella permanezcan ustedes ni cinco minutos más, perturbando la tranquilidad de esta santa morada. Fuera, fuera de aquí...

ANT / SIMÓN } Pero...

MAN. Fuera de aquí he dicho... ó les enseño á sus respectivas señoras las pruebas... de que tengo razón. (Don Antonio hace mutis, y don Simón se dispone también á salir pero le detiene su señora.)

RUP. Cómo, ¿pero te merchas sin aclarar esto?..

SIMÓN (A doña Ruperta.) Yo te explicaré todo, vamos.

RUP. ¿Qué saldrá de este gran enredo? (Vanse.)

ESCENA X.

DOÑA CARMEN, MARGARITA, ROSA, CARLOS, DON CARLOS, RAMÓN y MANGANESO

MAN. ¿Lo ha visto usted, señora? Ellos, y, solamente ellos, han sido los culpables de todo.

CARMEN Conformes. ¿Pero este hombre (Por Ramón.) quién es?

MAN. El hermano de Carlos, pero el auténtico.

CARMEN Entonces, este telegrama ¿de quién es?

MAN. De un amigo de don Simón, á quien escribió mandándole poner este telegrama, después de haber escrito Carlos á Ramón, para que no viniera aquí hasta nuevo aviso. Pero como la carta se cruzó con Ramón...

MARG. (A Carlos.) Y tú, ¿por qué hiciste pasar á este hombre por tu hermano?

MAN. Pues...

CARLOS (A Manganeso.) (Silencio.)

MAN. Luego, punto por punto, lo aclararé todo. (A Carlos.) (Ya verá usted que historia invento.)

CARMEN (A don Carlos.) Y tú; ¿por qué decías que éste (Por Manganeso.) era tu hijo?

D. CAR. Porque yo no entendía el lío tan grande que había en esta casa.

CARMEM ¿Pero éste si es tu hijo?

D. CAR. Creo que sí, pero yo no lo aseguro...

MAN. Los culpables de todo esto, hemos sido, don Simón, don Antonio y yo; que hemos traído á esta casa la intranquilidad. Ellos, ya se han marchado, ahora me toca á mí.

ROSA No, Epifanio, no te marches... sin dinero... sin destino... sin vergüenza... te quiero, te quiero.

D. CAR. (A Carlos y Ramón.) (Condenados á sinvergüenza perpetua.)

CARMEN ¡Eso no, hija mía!

D. CAR. (Este será el amo de la casa.)

MAN. (Ahora es cuando yo me hago el fuerte.) Se-

ñora, no quiero de ningún modo que se pueda sospechar que yo amo á Rosa por el interés. Sé que renunciar á su amor, me costará una muy grave enfermedad... (la del hambre) pero puesto que ustedes se oponen á este cariño, me marcho de esta casa... Buenas tardes. (Esto muy serio.)

ROSA ¡¡No!! ¡¡Detente!!

MAN. Sí, me marcho... me echan..,

ROSA ¡¡Me envenenaré!!

CARMEN ¡Hija! (La abraza.) Veo que tu amor es volcánico... te casarás con él. (Asombro general.)

D. CAR. (No hay duda, será el amo de la casa.)

ROSA Qué buena eres. (La abraza.)

CARMEN Desde mañana administrará usted mis fincas, y si durante un año se porta usted como un caballero, se casará con Rosa.

MAN. Seré un administrador modelo... seré un marido modelo.

PER. (Saliendo.) La mesa está servida.

MAN. ¿Servida la mesa?... ¿Pues á qué esperamos?... A la mesa... á comer... (Adelantándose al público.) ¿La mesa servida?... ¿La comida y la fortuna aseguradas? ¡Viva la frescura! (A ellos.) ¡¡A la mesa... á comer!! (Al público.) ¡Soy el primer fresco!

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de José Romeo

GAZPACHO GITANO. (Teatro de la Zarzuela).

PACORRO. (Teatro Jovellanos de Gijón).

ARTISTA EN CRÍMENES. (Teatro de Novedades).

LA MANIFESTACIÓN. (1) (Teatro de Novedades).

ALMAS BOHEMIAS. (Teatro Martín).

EL GRAN CARRACEDO. (Teatro Lara)

EL CIEGO DEL BARRIO. (Gran Teatro).

LA REAL HEMBRA. (Teatro de Novedades).

LA FILARMÓNICA. (2) (Estrenada en el Teatro de Apolo, en la Fiesta del Sainete, por la Compañía del Teatro Cervantes, dirigida por uno de los mejores actores españoles, que se llama D. Ricardo Simó-Raso.

LA VENUS MODERNA.

LA ALEGRÍA DE ESPAÑA.

EL PRIMER FRESCO. (Teatro de Novedades).

---

(1) En colaboración con D. León Navarro, autor de *El Lobato* y *Justicia baturra*, obras que recomiendo á las Empresas, porque son de positivo resultado.

(2) En colaboración con D. Javier Palacios.

Precio: UNA peseta

60 POR 100 DE AUMENTO